



VARIACIONES I

MIQUEL BELTRAN
JUAN LUIS LLINAS

We are such stuff as dreams are made of.

The Tempest, Act IV

Próspero, duque de Milán y Ariel, su servidor, espíritu del aire, personajes de la Tempestad, de Shakespeare, se encuentran en una populosa capital occidental, en 1985. Atónito, en una zona de concurrido tráfico, Próspero reflexiona del siguiente modo.

Próspero.— Yo, Próspero, versado en magia, conocedor de principios y causas, que aprendí en los libros a domeñar los elementos, y a someter a mi voluntad lo inverosímil, nunca hubiera podido imaginar que la inventiva humana se desbordase de este modo. Estas máquinas de moción autónoma, que parecen perseguirse sin objetivo alguno, mas de modo frenético... sin embargo llegan a una luz, y se detienen. Nunca en los libros que recorrí vi ilustración alguna semejante a esta escena. Pero ven, querido Ariel, acude a mi llamada. Dí si también, como a mí, te inunda la sorpresa.

(Aparece Ariel)

Ariel.— Así es, dueño mío. Y si bien la condición de espíritu me permite volar, caminar sobre el océano, atravesar el fuego sin perjuicio, si puedo hacer aparecer ante los ojos humanos mil y una invenciones, nunca sin embargo imaginé que en el futuro los hombres vivieran de este modo. No habría sabido predecir lo que aquí parece cotidiano. Observa, mi señor, observa.

(Alguien conecta un receptor de radio. Se oye el aria de John Cage)

Próspero.— Una cajita luminosa y metálica que se atreve a gritar, como si un espíritu residiera en ella. Su canto se asemeja en gran medida, Ariel, a los lamentos con los que tú, prisionero en las entrañas de un árbol, abismaras a los pájaros en la sordera, hasta que con mi magia supe liberarte.

Ariel.— Canta el metal, sí, pero no por él mismo. He llegado a saber que la mujer que ahora oyes, emitió este canto en otro tiempo y en otro lugar. La caja reproduce una voz que no es la suya, y poco importa ahora si existe o no quien la profirió en su día.

Próspero.— Reconozco a mi pesar que la magia que aquí obra me es extraña, pues los libros que en mi tiempo existieron no daban cuenta de semejante prodigio.

Ariel.— Tampoco yo consigo dominar mi asombro. Pero sigue escuchando, dueño mío.

(El receptor sigue en funcionamiento. Próspero y Ariel escuchan Ecuatorial, de Varèse, obra en la que el compositor utiliza ondas Martenot)

Próspero.— Los sonidos que ahora reproduce debe haberlos ideado el hombre, pues nunca la naturaleza aprendió a ejecutarlos. Ni tan siquiera yo, que con mis artes supe desencadenar tempestades como nunca antes de mí las hubo, en las que las aguas restallaban cual látigos de hierro, y los truenos duplicaban su más grande estridor. Jamás yo, que hice rugir con fragor desconocido a los elementos, oí hasta ahora sonidos como éstos, ni sé imaginar de qué instrumento puedan provenir. Atiende, Ariel... Quiero que averigues de qué manera los hombres han llegado a poseer ingenios semejantes, merced a qué poder multiplican las posibilidades del sonido, creando tonos que la música de Dowland o de Morley no dejaba presagiar.

Ariel.— Sí, mi dueño.

(Ariel desaparece en el aire)

Próspero.— Nunca mi magia hubiera conseguido que los metales emitieran voces de mujer, ni que el hombre compendiará —y le atrajesen— sonidos como los que he escuchado. Ni siquiera yo, Próspero, el mago, hubiera predicho con acierto lo que hoy valora el hombre.

(Vuelve Ariel)

Ariel.— He recorrido el mundo, dueño mío, y en gran medida diverge de aquel que conociste. Se elevan cotidianas torres de metal y otros problemas ocupan la mente de los pensadores. Pero presté atención, sobre todo, a una disputa que persiste en los libros y que en algo nos afecta, pues sobre la cuestión bien podemos aventurar nuestro juicio. Unos hay, a quienes llaman deterministas que pretenden que lo que en el mundo acontece se sucede de

modo predecible. En sus orígenes, la idea fue formulada por un hombre, muerto ya, a quien llaman Laplace; éste afirmaba que si conociésemos el estado de todas las partículas materiales del universo en un momento dado, podríamos, con la ayuda de la mecánica de un inglés, de nombre Newton, y también fenecido, predecir cualquier momento del futuro, así como reconocer los momentos pretéritos. La incapacidad de que adolece el hombre para conocer las condiciones iniciales de un momento en el tiempo, conlleva, cabalmente, que ello sea sólo factible a un demonio, el cual, si accediera a estos conocimientos, sabría también todo cerca de lo que ha sucedido, y lo que acontecerá. El hombre, concluye Laplace, se cree libre, pero ello es a causa de su ignorancia; si saliese de ella, vería que su libertad no es más que una ficción.

Próspero.— No puedo sino disentir, querido Ariel, acerca de lo que refieres, puesto que, conociendo como nadie causas y efectos, usé sin embargo de mi libertad para desencadenar tempestades según me placía, y ordenaba, bien lo sabes, que los naufragos llegaran indemnes a tierra. Aun así, la actual conducta de los hombres, y sus inverosímiles quehaceres no me eran predecibles. Sólo un demonio ingenuo en extremo puede pretender conocer, a partir del presente, pretérito y futuro.

Ariel.— Además, la aparición de una nueva mecánica parece haber refutado la tesis de Laplace. El indeterminismo físico afirma que se dan sucesos que no son predecibles, pues los domina el azar. De este modo, dos cadenas de causas se pueden combinar por accidente, y dar lugar a un suceso fortuito. Las leyes que rigen tales sucesos no son leyes causales, sino de probabilidad. Aunque poseyéramos todo el conocimiento, seguirían sucediéndose hechos no predecibles, acerca de los cuales el hombre sólo puede efectuar estadísticas. Alguien, no sin ironía, calificó tal propuesta como “Dios-jugando-a-los-dados”.

Próspero.— No les falta razón a quienes dicen que el mundo no es sólo una cadena de causas predecibles en su totalidad. Sin embargo, algo me inquieta con respecto al indeterminismo físico. Si no me equivoco, sostenerlo conlleva afirmar que todas las invenciones —las que aquí vemos y las que a éstas sucederán— son fruto del azar. Pero las creaciones humanas no pueden estar a la completa merced de la casuística...

Ariel.— No he concluido, mi señor, pues existe aún una tercera tesis. Un reconocido pensador, vivo todavía, llamado Popper, defiende la impredecibilidad de futuras emergencias, pero afirma además que éstas no se deben únicamente al azar, ante todo en cuanto se refiere a las invenciones humanas. Su defensa del indeterminismo descansa en la tesis de la existencia de tres mundos: el mundo 1, que abarca los objetos físicos, el mundo 2, o de los procesos psicológicos, y el mundo 3, en el que residen los productos de la mente humana, susceptibles de crítica y de reconocimiento. El mundo 3 es real,

por cuanto que interactúa con el mundo 1 a través del mundo 2. Por otro lado, es parcialmente autónomo, pues existen contenidos de pensamiento objetivo que no han tomado forma propia. Antes de que Euclides planteará —y resolviere— el problema de si existe o no un número primo mayor que todos los primos, su teorema se encontraba ya como objeto autónomo en el mundo 3, desde el mismo momento en que el hombre elaboró la sucesión de números naturales. El teorema no fue inventado, sino descubierto, y lo prueba el hecho de que no podemos hacer nada para cambiarlo. Según Popper, la interacción de los tres mundos muestra que el universo es abierto, que no está predeterminado. Para exponer mejor el problema, aventura una metáfora, definiendo el determinismo como la teoría que mantiene que lo que acaece lo hace en virtud de un mecanismo causal semejante a los de relojería. Se seguiría de ello que las causas de las invenciones futuras están ya determinadas en el presente, de manera inapelable.

Próspero.— No veo de qué modo el devenir del mundo puede regirse de manera análoga al mecanismo de un reloj. Los prodigios que aquí, atónito, contemplo, no son en su totalidad consecuencia de combinaciones físicas anteriores.

Ariel.— Para Popper, lo contrario del reloj es la nube; no es posible predecir la forma de la misma.

Próspero.— Ni yo, con todo mi saber, podría hacerlo.

Ariel.— La moderna mecánica, además, corrobora esta tesis. Conocer el futuro de las nubes no es posible —tampoco el de los relojes—, pues están formadas de partículas no determinadas simultáneamente en su posición y velocidad. ¿Cómo podría predeterminarse lo indeterminado?

Próspero.— Convengo en que tienen lugar eventos impredecibles, fruto del azar, tal como un juego de naipes, mas no todo es víctima de la estocástica.

Ariel.— Popper así lo entiende, pues para él el indeterminismo físico es insuficiente. Si bien prueba la indeterminación de ciertos acontecimientos del mundo 1, no contempla su apertura ante los mundos 2 y 3.

Próspero.— Debo darle la razón, por cuanto el indeterminismo físico supondría un mundo aleatorio en el cual nuestra voluntad no podría infiltrarse con dominio. ¿Cómo quien sometió los elementos a su antojo puede aceptar esto?

Ariel.— Así pues, las invenciones humanas y, por ende, las obras de arte no son fruto del azar. Cierto es que éste actúa sobre ellas, pero en la medida en que una obra es explicable lo es por las influencias de obras anteriores, y de leyes y restricciones íntimas que rigen el quehacer de su artífice.

Próspero.— Así, por ejemplo, imperativos físicos pueden condicionar la obra de un músico. Si Dowland hubiera sido sordo (mundo 1) no habría

podido dedicarse con propiedad a la música. Paralelamente, su profunda melancolía (mundo 2) le indujo a componer obras de dolorido acento. Finalmente, el paso de la polifonía tradicional a la monodia acompañada (mundo 3), efectuado en su época, decidió las pautas que su arte seguiría. Inversamente, nosotros, provinientes de la obra de Shakespeare (mundo 3) y turbando el gratificante reposo de los cerebros de quienes esto escriben (mundo 2) estamos acaso destinados a desencadenar, nuevamente tempestades (mundo 1).

Ariel.— Respecto a esto, dueño mío, he de decir que considero ultrajante haber sido obligado a dejar mi estancia en las páginas del admirable inglés para posarme en éstas, casi anónimas.

Próspero.— Sé como te sientes, amado Ariel, pues mi indignación es tan sólo equiparable al asombro que me embarga ante los prodigios que he llegado a contemplar. Confiemos en que el próximo tránsito sea más adecuado a nuestro rango. Entretanto, concluya el diálogo. Sigamos descubriendo lo que de novedoso muestra esta época que nos depara el insólito raptó del que hemos sido víctimas.

FIN DEL DIALOGO.